

PREÁMBULO

[...] A nuestra llegada clandestina a París, el 23 de junio, inos quedamos asustados por la agitación general! Supusimos que todo se iría calmando. Nos equivocamos: la turbación ha seguido incrementándose desde entonces... En realidad, se trata de una fiebre salutífera..., pero fiebre, al fin y al cabo. Vemos, bajo el Passage du Cirque, que aún no está terminado, a jóvenes subidos en tablas sobre caballetes leyendo escritos vehementes que excitan la fermentación de las masas o la nutren... Hoy en día admiramos lo que entonces se nos hacía extraordinario, incluso extraño.

Nos informamos de lo que pasa, de los antecedentes... Un joven que acaba de lanzar una arenga y que la muchedumbre de espectadores ha dejado cojo derribando la mesa sobre la que se alzaba, nos aborda, apoyándose sobre dos personas:

—¿Sois extranjero, caballero? —nos pregunta.

—No; acabamos de llegar de Suiza.

—Es lo mismo. Os puedo instruir... ¡Que me lleven en volandas al café de Foi!

Le seguimos. Se instala a sus anchas y, siendo las ganas de hablar su necesidad más perentoria, se expresa como sigue:

PRIMERA NOCHE

27 DE ABRIL DE 1789

Los Estados Generales se reunían: la aristocracia, moribunda, sin saberlo aún, intentó una última jugada. Necker, virtuoso ministro, había dado poder al pueblo doblando su representación; no digo que dicha representación sea proporcionada... ¡No, no lo es!..., pero era todo lo que se podía lograr en aquel momento.

Los aristócratas (es decir, los ministros, los grandes, los miembros del consejo, los intendentes, los subdelegados, los obispos, los canónigos, los monjes, los empleados de toda ralea,

los procuradores y una parte de sus pasantes, los rentistas, los agiotistas, casi todos los ricos y, en fin, los verdugos), los aristócratas, digo, se empleaban en demostrar al rey que el pueblo era indomable; que era una bestia feroz que, si se salía con la suya, iba a derribar todas las barreras y a convertir un reino convenientemente ordenado bajo el despotismo en un espantoso caos de anarquía.

Pero ese pueblo en realidad no estaba pensando en sublevarse. Estaba tranquilo, siguiendo con atención y curiosidad, pero no con impaciencia, el desarrollo de la augusta asamblea.

Aristocracia se estremece². Es una mujer alta, nacida entre los confines de París y Normandía; mide seis pies, es delgada y seca; antes parecía noble, ahora tan sólo malvada. Cuenta entre sus ancestros, con tres casas soberanas aliadas. Fue rica, ahora es pobre: tan sólo vive de las rentas, que no la amparan de la necesidad, pues sus peculios han quedado en manos de los acreedores. Piensa que todo se le debe: observa celosa la corona sobre la cabeza de los Borbones. Pero no osa decirlo en voz alta... Se dirige andando hacia la puerta de Saint-Antoine, a un notario, para cobrar una letra de cambio falsa, mientras mantiene la mirada clavada en las torres de la Bastilla. Esta visión la regocija. Entra en la notaría; la firma del artista Réveillon está tan bien imitada que logra engañar al funcionario, a pesar de que éste, pocos meses antes, había descubierto otra falsificación, procedente de... un abate. En cualquier caso, paga.

² La siguiente alegoría resume, desde una perspectiva popular y burguesa, los últimos acontecimientos acaecidos en París. Francia se debatía en una grave crisis económica, agravada por las malas cosechas de 1788. Aumentaba el paro y la carestía de la vida y estallaban disturbios tanto en la capital como en diversas provincias. En París se produjo una de las primeras insurrecciones obreras, la de los trabajadores de la fábrica de papel decorativo de Réveillon, a la que hace referencia el relato. Este también se hace eco de la opinión de la pequeña burguesía, según la cual los disturbios estaban promovidos por un complot aristócrata, para boicotear la convocatoria de los Estados Generales (asamblea de origen medieval a la que acudían representantes de las diversas clases sociales: nobleza, clero y el llamado Tercer Estado, es decir: burguesía, artesanado y campesinado).

Aristocracia sale henchida. El notario la observa. Hay algo divino en su forma de andar... La orgullosa pordiosera, borracha de alegría, de dinero, de oro, entra en los barrios populares: afecta graciosas maneras; se compadece del pueblo, pero no del artesano útil y atareado, sino del holgazán que se nutre de fantasías y tan sólo tiene vanos deseos de enriquecerse... Va repartiendo oro a su alrededor: piensa que ha de sustraer a una desdichada muchedumbre del trabajo que aporta un útil y virtuoso ciudadano, así que lo denigra y anima a saquearlo.

Sus doradas palabras resultan eficaces: los gandules que nunca trabajan, sino en vanos chanchullos, difunden que el artista pretende disminuir el precio del jornal: los verdaderos obreros se espantan. Hay conmoción, hay agitación; los holgazanes logran sublevar el barrio de Saint-Marceau y los artesanos, ciegos y estúpidos, ino se dan cuenta que van a destruir sus propios recursos! Se amotinan: esto ocurrió el lunes por la noche... Acuden a la casa del benefactor de los pobres y la rodean; algunos guardias los dispersan. Pasa la noche.

Al día siguiente, los haraganes vuelven a asomar. Aristocracia ha hecho una visita a De Crosne y ha logrado liberar a los rufianes *bicétriens*³ (ya sea seduciendo al teniente de policía o bien falsificando una firma) y los ha vuelto a conducir a los barrios. No hace falta excitar demasiado a esos bellacos para que se entreguen al saqueo... Aristocracia vuelve volando a la comisaría; encuentra a un guardia que está pidiendo refuerzos al magistrado: «¡Cuarenta hombres son insuficientes —exclama— para proteger las avenidas de una mansión!». Aristocracia logra que su demanda se quede en nada. Así, el artesano Réveillon es saqueado... y hubiera perdido también la cabeza de no haber tenido la prudencia de huir.

3 De Bicêtre, nombre de una prisión para vagabundos y enfermos mentales en el París del siglo XVIII.

En estos días, Aristocracia no buscaba otra cosa. Asume el fuego... Incendia, destroza, consume. Un monstruo de talla aristocrática (el *Grandbondieu*), desalmado que se nutre de hiel y de envidia, anima a la tropa y roba quince mil libras, con las cuales ha huido para establecerse en su país (se cuenta).

Aristocracia deja que ese sujeto capitaneé a los saqueadores. Ahora se viste un uniforme de *garde-française* muerto y excita el furor de los soldados contra el pueblo, para incrementar la confusión y dividir a todo el mundo. Pero en esto se equivoca, ¡la muy pérfida! Los guardias se defienden: rechazan a los bandidos, pero, en el tumulto, atacan también a ciudadanos y se deshonoran con ello. ¡Una palabra acusadora, tanto más terrible cuanto que es pronunciada por las mujeres y por las hijas del pueblo, los cubre de vergüenza por haber obedecido! ¡«*Royal potence*⁴», es la palabra infame!... ¡Aristocracia, has errado! ¡La *garde-française* ya no va a volver a obedecerte!

Durante esa catastrófica noche, los granujas, expulsados a tiros de la casa desvalijada, van a saquear comercios, a riesgo de recibir adoquinazos y tiestazos lanzados desde las ventanas: los golosos van a robar a los charcuteros y a los pasteleros y los codiciosos a los orfebres, a los merceros y a las lavanderas; se llevan lo que quieren, obligan a que les abran o derriban las puertas cerradas a hachazos! Así han transcurrido las noches del 27 al 29 de abril... Tal ha sido, ¡oh, extranjero, o patriota ausente!, el primer paso dado por Aristocracia. Pero no será el último...

Los Estados Generales se reúnen en asamblea. Aristocracia, insolente, quiere presidir la primera sesión. Pero se topa con Democracia, que le arrea una buena bofetada. Irritada, quiere venganza. Democracia, sin embargo, se mantiene imperturbable en su lugar... En fin, ayer Aristocracia casi ha triunfado. Pero os predigo que su triunfo no va a durar mucho...

4 La *potence* era un artilugio de tortura en forma de horca.

Así perora el joven «deslomado» por su caída. En ese momento, le faltan voz y aliento; tiene que ser sangrado y guardar cama hasta el 11 de julio por la tarde, que volvemos a verlo en el Palais-Royal. Lo evitamos, para que no nos distraiga de lo que se habla en los diferentes grupos.

Mientras tanto, los acontecimientos se suceden: llega el 12 de julio. Los ministros siguen haciendo de las suyas⁵... El 10 hay una agitación sorda; el 11 la tempestad crece; hacia las diez, en el momento más peliagudo, llega un joven aristócrata de Versalles al Palais-Royal y se esfuerza en tranquilizar al pueblo repitiendo: «¡Todo va bien!». ¡Pero todo iba mal, como bien pudimos constatarlo al día siguiente! [...]

SEGUNDA NOCHE *12 DE JULIO DE 1789*

Salimos a las seis de la tarde y vamos por el lado del Pont Neuf. Llegados al Quai du Louvre, ivemos cómo la multitud huye espantada! Intentamos informarnos.

«¡Necker ha sido destituido... Foulon va a sustituirlo! ¡Las tropas... que vienen las tropas! ¡El príncipe Lambesq...!» Esta es toda la respuesta.

En ese momento, una mujer esbelta, vestida como una ninfa y con sus mismas formas, sale de la calle Arbrec-Sec y pregunta:

5 Si bien el 9 de julio se declaraba una Asamblea Nacional Constituyente, por lo que el Tercer Estado parecía imponerse, el 22 de junio Luis XVI había movilizado a 20.000 soldados para que rodearan París y Versalles. Esto enardece a los partidarios de la revisión constitucional. El mencionado 11 de julio Luis XVI destituyó a Necker, muy apreciado por el pueblo por sus medidas reformistas, y puso en su lugar al barón de Breteuil, ferozmente hostil a cualquier cambio. El 12 la noticia corrió como la pólvora por París, estallaron disturbios y enfrentamientos y los representantes del Tercer Estado se reunieron en el Ayuntamiento, creando un comité permanente que pedía a cada distrito parisino la nominación de 200 ciudadanos dispuestos a tomar las armas. Es el nacimiento de la Comuna de París, de las secciones y de la milicia parisina, encargada de la seguridad pública.